

De ahí surge el tercer gran tema-periodo del libro: la difícil reconstrucción del lenguaje, de su capacidad original para nombrar las cosas y representar la realidad, frente a la retórica fascista, al discurso adulterado y apodíctico de la posguerra, a las teorías estéticas sin obras y al “imperio de papel”, en afortunada expresión de Lorenzo Delgado. Fueron los jóvenes crecidos en el sueño falangista, como José María Valverde, Rafael Sánchez Ferlosio, Manuel Sacristán, José Ángel Valente, Pinilla de las Heras, José María Castellet o Julián Ayesta, que «no son actores ni responsables de una cultura fascista en marcha sino sujetos educados y socializados bajo un totalitarismo ideológico que construyeron sus padres y sus propios hermanos mayores» (p. 220), quienes van a liberarse de esa pesada servidumbre durante los años cincuenta a través de un proceso de maduración personal. Se trataba también de superar, en palabras de Miguel Sánchez Mazas en 1952, esa «España del orgullo y de la fanfarronería, de la violencia, del culto al temperamento y al folklore» (p. 319), lo mismo que llevaban intentado la mayor –y mejor– parte de los intelectuales desde hacía medio siglo por lo menos, sobre todo desde Cataluña (objeto de un apartado del libro). Gracias a ellos y a muchos otros, como los escritores de la denostada literatura social de esa década, «La resistencia había dejado de ser silenciosa» (p. 377) y «Las primerísimas luces llegaron puestas con la lengua sencilla y clara, ajena a los humos grandilocuentes o a la brillantina barata, una lengua que volvía a servir para pensar y escribir reflexivamente» (p. 388), paso previo necesario para la reconstrucción del lenguaje de la

democracia y el aprendizaje de la libertad.

Javier Muñoz Soro

Hugh Trevor-Roper (edición e introducción), *Las conversaciones privadas de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2004, 604 pp.

En un ya muy lejano año de 1953 vio la luz en Inglaterra un libro crucial editado e introducido por el historiador Hugh Trevor-Roper bajo el sugerente título de *Hitler's Table Talk (Las conversaciones de sobremesa de Hitler)*. Este es el libro que, oportunamente y en su más actualizada y revisada edición (la del año 2000), ha sido ahora traducido y publicado en español con el título de *Las conversaciones privadas de Hitler*.

La edición original del libro de 1953 contenía, ni más ni menos, que el registro escrito de las opiniones sostenidas por el caudillo nazi en las tertulias mantenidas con sus amigos e invitados a la hora de comer y de cenar durante casi un año, entre julio de 1941 y septiembre de 1942, en su cuartel general en la Prusia Oriental (la llamada “Guarida del Lobo” o *Werwolf*). El responsable de la compilación fue Martin Bormann, jefe de la Cancillería del Führer e influyente secretario político de Hitler tras la extraña huida de Rudolf Hess a Inglaterra en el verano de 1940. Bormann probablemente quiso emular a su huraño predecesor, responsable de la publicación en 1925 del libro *Mein Kampf (Mi lucha)*, una sedicente autobiografía de Hitler compuesta sobre la base de las notas

tomadas por Hess durante su compartido encarcelamiento en la cárcel de Landsberg, tras la fracasada intentona golpista en Múnich en el año 1923. El hecho es que Bormann consiguió de su reservado jefe el permiso oportuno para que un funcionario asistiera en silencio a las sesiones y tertulias y tomara acta taquigráfica de las conversaciones: primero el jurista Heinrich Heim y luego el doctor Henry Picker. El propio Bormann revisaba y depuraba el texto taquigráfico tomado para fijar su contenido exacto y evitar las contradicciones e incoherencias propias de una charla ordinaria. Del texto final se guardaban dos copias (una, de seguridad, se conservaba en la propia Cancillería bajo el cuidado de Bormann; la otra se remitía a los archivos centrales del Partido Nazi sitos en Múnich). El registro se mantuvo activo durante el periodo de máxima expansión y apogeo del poder nazi en Europa, con ocasión del inicio de la ofensiva contra la Unión Soviética. Y cesó abruptamente al cabo de un año, cuando las expectativas militares comenzaron a frustrarse y el espectro de la derrota empezó a cobrar forma en el horizonte.

Los dos textos resultantes de esas charlas de sobremesa privadas, unas 1.045 páginas mecanografiadas cada uno, sufrieron un destino muy diverso. La copia de archivo en Múnich fue destruida durante las campañas de bombardeo aéreo desatadas por los aliados contra la ciudad en los dos últimos años de la guerra, que tuvieron la fortuna de alcanzar directamente el *Führerbau* muniqués. Sin embargo, la copia de seguridad custodiada por Bormann consiguió salvarse porque su esposa logró huir en la primavera de 1945 hacia el Tirol meridional (entonces

austriaco y hoy italiano). Y fue allí, tras el desplome del Tercer Reich, donde la señora Bormann, gravemente enferma de un cáncer terminal, optó por entregar su tesoro escrito a un editor suizo nazi, François Genoud, que conservó el texto con tanta devoción inquebrantable como interés crematístico. Tras muchas vicisitudes (incluyendo un largo pleito legal en Alemania entre Genoud y uno de los funcionarios redactores del texto original, el doctor Picker, que había conservado notas propias y exigía derechos de autor), las “conversaciones” fueron finalmente traducidas y publicadas parcialmente en francés y en inglés entre los años 1952 y 1953. La edición en este último idioma estuvo a cargo del mencionado Trevor-Roper, ex oficial británico que había participado en la invasión y ocupación de Alemania y que, como historiador, había ganado sus laureles con la publicación pocos años antes del libro *The Last Days of Hitler* (*Los últimos días de Hitler*), un relato sobre la caída del Tercer Reich y el suicidio del Führer basado en los testimonios y la documentación incautada por los aliados tras la ocupación de Berlín.

El libro editado por Trevor-Roper (donde necesariamente los textos originales alemanes estaban traducidos al inglés) incluía su famosa introducción titulada “La mente de Hitler”, que ahora recoge la edición española con verdadero acierto. No en vano, se trata una de las más perspicaces semblanzas de la cosmovisión de este «hijo de un humilde funcionario austriaco, de escasa educación, neurótico» (página xiii), pero que llegó a concentrar el mayor poder y autoridad sobre Alemania y los alemanes jamás conocidos en su larga historia. Y tenía dos virtudes relevantes. La primera, el hecho de ser una de las

primeras interpretaciones sobre la cosmovisión de Hitler, sobre el conjunto de ideas, razones y juicios que le llevaron a actuar del modo y manera que lo hizo. La segunda, el hecho de subrayar que no eran las ideas de un loco, un fanático, un nihilista ilógico e irracional, sino de un «genio execrable» cuya ideología y práctica política reflejaban una «terrible cohesión» (pp. xviii y xxviii). Parafraseando al príncipe danés de Shakespeare, podría decirse que Trevor-Roper defendía que el nacionalsocialismo hitleriano era una “locura”, pero que “había lógica en esa locura”. Lo que contradecía, por aquella época, no pocas ideas e impresiones generalizadas sobre el recién caído caudillo de los alemanes.

Ciertamente, las conversaciones de sobremesa registradas por Bormann nos permiten vislumbrar las opiniones y juicios de Hitler sobre los más variados y diversos motivos y asuntos. Desde los temas más inocuos, triviales e intrascendentes hasta los más serios juicios estratégicos, cálculos políticos e incommovibles pensamientos racistas y antisemitas. Sobre los primeros aspectos, basta comprobar sus palabras sobre el papel social del cine, la eficacia de las autopistas, la superioridad de la dieta vegetariana o la crueldad de la caza animal. A este respecto, no deja de sorprender la abierta hostilidad de Hitler a la caza por principios “morales” de respeto a la vida animal. Así lo dejó ver en su dura diatriba contra el general Wolff, cazador de liebres y su invitado a almorzar el 30 de octubre de 1941:

«¿Y usted cree que para tonificarse es indispensable matar liebres y faisanes? El gozo de matar une a los hombres. Felizmente, no entendemos el lenguaje de las liebres. Tal

vez se expresaban así hablando de ustedes: “¡Era incapaz de correr, ese gran cerdo!”. ¿Qué pensará de todo esto una vieja liebre con una experiencia de toda la vida? Entre las liebres debe de producirse un gran júbilo cuando se percatan de que un ojeador ha recibido un balazo» (p. 80)

Con igual seguridad tajante, pero con mayor suavidad de forma, se expresaba al tratar de la situación de la mujer y de su función en la patria regenerada biológicamente bajo su mandato. Así lo dejó claro en tres momentos distintos del año 1942, en sendas exposiciones de apenas velada misoginia:

«Me dan horror las mujeres que se meten en política [...] Las mujeres tienen el talento, desconocido en los hombres, de saber dar un beso a una amiga hundiéndole al mismo tiempo en el corazón un estilete bien afilado. Querer cambiar a las mujeres, en este punto, sería candoroso [...] El universo del hombre es vasto, comparado con el de la mujer. El hombre se concentra en sus ideas, en sus ocupaciones. Sólo incidentalmente dedica todo su pensamiento a una mujer. Por el contrario, el universo de la mujer es el hombre. Se puede decir que no ve más que a él, por eso es capaz de amar tan profundamente. La inteligencia no es en la mujer una cosa esencial» (pp. 200, 277 y 283)

Si en estos aspectos banales las conversaciones son una mina de anécdotas informativas (con todo su poder iluminador sobre la mente del autor), en las temáticas más serias y transcendentales son un documento

histórico de excepcional importancia y originalidad. Basta comprobar, por ejemplo, la delirante opinión del Führer sobre el cristianismo como germen del bolchevismo:

«Estoy seguro de que Nerón nunca incendió Roma. Fueron los cristiano-bolcheviques quienes lo hicieron, del mismo modo que la Comuna incendió París en 1871 y los comunistas pegaron fuego al Reichstag en 1933» (25-X-1941, p. 71)

«Jesucristo era ario y san Pablo se sirvió de su doctrina para movilizar el inframundo del delito y organizar un protobolchevismo» (13-XII-1941, p. 115)

El mismo grado de fanatismo delirante reflejan sus reiteradas amonestaciones antijudías, hechas en el mismo momento en que estaba en marcha el Holocausto, el mayor genocidio conocido en la historia universal:

«El judío debe desaparecer de Europa... Cuando se trata de judíos, ignoro todo sentimiento de piedad. Serán siempre el fermento que incita a los pueblos a luchar unos contra otros [...] Es completamente lógico que nos ocupemos de esta cuestión en un plano general europeo. En efecto, no basta con echar a los judíos de Alemania. No podemos admitir que conserven posiciones de repliegue en nuestras propias puertas. Queremos hallarnos al abrigo de toda infiltración» (27-I-1942, p. 206)

Ese trato despiadado, con voluntad de exterminación y falta de todo

rastros humanitarios de piedad ante el mal ajeno, no estaba reservado al “virus judío”, con ser éste su objetivo prioritario y recurrente: «Sólo recuperaremos la salud eliminando al judío» (22-II-1942, p. 261). A tono con las ideas social-darwinistas abrigadas por Hitler («El más fuerte se impone: es la ley de la naturaleza», 23-IX-1941, p. 30), también sería aplicable a los restantes pueblos subhumanos que habitaban las amplias y fértiles llanuras del Este de Europa, destinadas a ser repobladas por señores arios que gobernarían sobre una masa eslava esclavizada. Una concepción y propósito, por cierto, compartidos por el alto mando militar alemán y no sólo por la élite política nazificada:

«Es preciso partir de la idea de que esos pueblos no tienen otro deber que servirnos en el plano económico» (11-IV-1942, p. 336)

«Hemos de tomar las disposiciones necesarias para evitar que se multipliquen en esas regiones la población no alemana. Sería una verdadera locura querer crear en estas regiones servicios sanitarios para uso de los indígenas según el modelo alemán. Por lo tanto, nada de vacunaciones ni de otras medidas preventivas para ellos [...] Jodl (el general Alfred Jodl, Jefe del Estado Mayor del Ejército) tiene razón al creer superfluos esos carteles en lengua ucraniana diciendo que es peligroso atravesar la vía del tren. ¡Que un indígena más o menos se deje aplastar por el tren, qué nos importa a nosotros!» (22-VII-1943, p. 470)

Para el lector español de esta obra, no dejan de tener particular interés

las opiniones abrigadas por Hitler sobre el general Franco con ocasión de su crucial y único encuentro personal en Hendaya el 23 de octubre de 1940: «no es un héroe, sino alguien insignificante» (7-VII-1942, p. 454). Ni tampoco deja de ser interesante el juicio del Führer sobre el efecto determinante de la ayuda alemana a su homólogo español contemporáneo durante la guerra civil:

«Si en 1936 no hubiera decidido enviarle nuestro primer avión Junker, Franco nunca hubiera sobrevivido» (1-VIII-1942, p. 485)
 «Franco tiene que levantar un monumento a la gloria del Junker 52. A este avión es a quien tiene que agradecer su victoria la revolución española» (3-IX-1942, p. 551)

En definitiva, este Hitler de sobremesa constituye una obra de lectura indispensable para los interesados en ese misterio insondable que es el ejercicio del poder carismático imperante en el Tercer Reich. También es una fuente histórica irremplazable para comprender el pensamiento y la conducta del que llegó a ser caudillo omnipotente de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

Enrique Moradiellos

Enric Ucelay D'Acal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de

Barcelona, Enric Ucelay D'Acal es autor de diversas obras dedicadas al nacionalismo catalán, como *Estat Català, La Catalunya populista* o *Macià i el seu temps*. Se trata de una figura excepcional en el contexto de una historiografía, la catalana, lastrada por prejuicios nacionalistas y, por lo tanto, escasamente creativa.

En esta obra monumental no sólo por su tamaño, más de mil páginas, sino también por la documentación en la que se basa, el autor estudia los orígenes del catalanismo y la propia evolución del nacionalismo español, en su relación con áquel. La tesis de Ucelay es que el nacionalismo catalán no se explica simplemente por su desarrollo en Cataluña, sino en referencia al conjunto español. A diferencia del nacionalismo vasco, atrozmente palurdo, que se formula “contra” España, el catalanismo, mucho más elaborado intelectualmente, se presenta como un proyecto de reorganización de España. De ahí que, según el autor, el nacionalismo catalán tenga posteriormente una influencia importante en sectores de la derecha española y en el nacionalismo español. Esta reorganización del territorio español cristalizaría, a juicio de los catalanistas, en una determinada idea política: el “imperio”, como salida política a las contradicciones nacionalistas de España.

Frente a la “vulgata” oficial, Ucelay estima que la ideología “imperialista catalana”, formulada primeramente por Enric Prat de la Riba, no fue un aspecto menor, sino central en el proyecto catalanista. Además, frente al marxismo, influyente todavía en un sector importante de la historiografía catalana, estima que el concepto de “burguesía catalana” apenas resulta